

El claustro es como todos. Si descendemos al templo nos encontraremos con una sacristía aseada y espaciosa, donde se respira fragancia y bienestar.

En el templo hay algunas efigies de notable primor, y con respecto á pinturas solo llama la atencion la de Nuestra Señora de la Piedad que ocupa el altar mayor, y es la imágen de María al pié de la Cruz teniendo en los brazos el difunto cuerpo de Jesucristo. En uno de los cuadros laterales del púlpito, se leen estos versos que resumen la tradicion acerca del origen milagroso de la Sagrada Imágen.

De romano pincel un religioso
Solicita la imágen de Piedad
Per encargo que lleva, y le es forzoso
Regresarse con tanta brevedad
Que aunque al pintor ocurre cuidadoso
Halla solo en bosquejo esta beldad.
El dibujo recoge, en pensamiento
Que en Méjico ha de darse el complemento.
A la vela se da, y una tormenta
Iba á haerle sepulcro de la nave:
Per la imágen se libra, á buena cuenta,
Y aun no da con la cuenta que le cabe;
Libre á Méjico arriba, y cuando intentá
Entregar el dibujo á quien lo acabe,
Se admira ya la imágen, con desvelo
Toda perfeccionada por el cielo.

La idea que presidió en la composicion de este cuadro es hermosa. María cercada de soledad, María al pié del patíbulo gimiendo en silencio en el instante supremo de su dolor, es una concepcion sublime.

No sin razon este Santuario, ha sido por tantos años el punto de reunion de todos los infortunios y de todas las miserias que buscan remedio. Levantado por la piedad de una generacion, se ha conservado por las que le sucedieron y se conservará por las venideras como una herencia inestimable. Todas las clases de nuestra sociedad niveladas por la desgracia no han salido jamás de su recinto sin llevar en el alma una esperanza, un perfume de consuelo.

ATZCAPOTZALCO.

I.

EL HORMIGUERO.

AÑOS despues de consumada la conquista de Méjico, y cuando los guerreros españoles demasiado éntretenidos en mejorar sus habitaciones en la capital apenas dejaban el recinto de esta para atender á sus primeros establecimientos en el valle, dos peregrinos de mas que mediana edad, en traje modesto y precedidos de un jóven que les servia de guia, entraban lentamente por la llanura que se dilata al norte de Tlacopan, hoy Tacuba.

Méjico en aquella época estaba rodeada por la laguna, y no se comunicaba con tierra firme sino por tres avenidas ó calzadas, que eran las de Iztapalapan, Tepeyacac y Tacuba: era propiamente una isla, un grupo aislado de casas blanquecinas, por cima de las cuales asomaban algunas manchas sombrías formadas por la verdura de los jardines; y nuestros dos personajes solian volver los ojos hácia ella para contemplarla en medio de una superficie tersa y brillante como el acero. Los primeros rayos del sol reflejaban sobre los puntos descollantes de los edificios, y la ciudad toda, medio oculta en la niebla dorada, tornasolada á veces, que empezaba á levantar el calor, parecia una ondina á quien sorprendia el astro rey medio dormida en su lecho espléndido.

Era aquel un momento inefable. No se oía mas ruido que el del aleteo de algunas aves acuáticas que de cuando en cuando pasaban en bandadas y pronto se perdían en el horizonte. Reinaba un silencio solemne. Las frentes de las montañas nadaban en una atmósfera ligeramente nacarada. La naturaleza parecía absorta, ensimismada, admirada de su propia hermosura: nunca como entonces se comprendía en un solo acto su variedad inagotable y su magestuosa unidad; era un solo pensamiento grandiosamente espresado por la Divinidad.

Entre tanto, nuestros dos caminantes se gozaban en el espectáculo sin desplegar los labios y como temiendo que el ruido de sus pisadas interrumpiese el delicado sentimiento que saboreaban á su vista. Iban poseídos de una embriaguez divina; pero como lo sublime no puede sentirse mucho tiempo, pasado un momento emprendieron conversacion.

—¿No os parece soñar? dijo uno al otro con voz suave.

—¿Quereis hablarme, contestó el compañero, de esta vista incomparable que el Señor nos concede gozar?

—¿De qué quereis que os hable, sino de este valle peregrino! Igual no le ví en mis días. Conozco las riberas del Tajo, celebradas por nuestros poetas; he paseado por la nunca bien ponderada vega de Granada; visité algunos de los reales sitios; pero ante el cuadro magnífico que contemplamos debe callar toda alabanza, porque ninguna llegará jamás á dar cumplida idea de tanta hermosura.

—Los gentiles hubieran colocado en estos sitios sus elíseos campos.

—Y nosotros, á no indicarnos otra cosa los sagrados libros, no tendríamos reparo en creer haber hallado aquí el paraíso.

—Dios ha echado su bendición sobre esta tierra, y nosotros, siervos suyos, nos afanaremos por que los moradores no pierdan los frutos de esa bendición.

Alzando despues uno de ellos la voz para que le oyese el guía, que iba á algunos pasos adelante, exclamó:

—Hijo, parece que no nos has traído por el camino mas corto. Está la aldea algo mas distante de lo que creía: ¿cómo la llamas en tu lengua?

—Atzcapotzalco, contestó el guía.

—Ezcapuzalco. . . ¿y qué significa?

—Significa. . . lugar de hormigas.

—¡Ah, sí! hormiguero querrás decir. ¡Es singular! Habrá en el lugar muchas hormigas.

—No, padre.

—¿Pues por qué le llaman así?

—Ya lo verás cuando lleguemos, respondió el jóven con acento franco.

Poco despues entraban todos tres en la poblacion.

Las calles eran en extremo irregulares á causa del poco ó ningun órden en la situacion de las casas, que cada vecino edificaba á su modo. ¡Pero cuánta animacion en los senos de aquel laberinto!

Los hijos de Atzcapotzalco no eran grandes agricultores, pero sí escelentes alfareros. Su mercado competia con el gran *tianguis* de Tlatelolco; y nuestros dos caminantes quedaron asombrados al observar la muchedumbre infinita que se agitaba en la plaza.

—¡Loado sea Dios! exclamó uno de ellos levantando las manos al cielo: en pocas partes se ofrecerá á nuestro celo una cosecha mas abundante; ¡cuántas almas que son mercedoras de conocer al Señor y de entrar en la eterna bienaventuranza! ¡Hermano, aquí está la tierra para cuya conquista hemos venido desde nuestra España!

—Vámonos con tiento. Reparad cómo á pesar de que nuestros españoles han echado por tierra muchos ídolos y templos de estas partes, quedan aun muchos en pie dentro de esta villa. Dura es la condicion de estos naturales.

—Todo se alcanzará con la ayuda del cielo. ¿Juzgais por ventura que nuestros mayores fueron mas dóciles á la voz de la fe cristiana cuando se les predicó la vez primera? . . . Confiad en que no pasarán muchos años sin que tengamos el gusto de ver en el lugar de cada templo del demonio, una iglesia del Dios verdadero.

Dichas estas palabras, nuestros buenos peregrinos, en quienes se habrá conocido fácilmente á dos misioneros, llegaban á lo mas poblado del lugar, atrayendo en pos de sí todas las miradas. El guía, que era un azteca recién convertido, se veía á cada paso detenido por los curiosos que pretendian saber el objeto de la visita de los personajes, á quienes ya conocian por el vestido.

—¿Vendrán á vivir en nuestra tierra?

—¿Quieren que váyamos á levantarles sus casas en Tenochtitlan?

—Muchos de nuestros hijos han muerto de fatiga en esas obras.

Estas y otras frases eran el saludo con que recibian los habitantes de Atzcapotzalco al jóven neófito; pero él los tranquilizaba asegurándoles que nada tenían que temer de los religiosos de Santo Domingo, á cuya órden pertenecian los huéspedes, y que antes bien no traian mas objeto que enseñarles el camino del cielo.

Con tales insinuaciones bien pronto se vieron cercados los misioneros de los principales moradores de la aldea, quienes los acogian con singulares demostraciones de simpatía y benevolencia. A estos siguieron otros vecinos de inferior categoría, y tras ellos, enjambres de gente llena de curiosidad silenciosa. De cada casa brotaban familias enteras que salian al encuentro de los extranjeros, y se asociaban á esta entrada triunfal de los representantes de la religion y de los principios humanitarios, que iban tomando posesion de los pueblos para trasformar las costumbres y encarrilarlos por una nueva senda. Cada semblante era una pregunta muda, pero espresiva; cada mirada un deseo; y de las palpitaciones de cada corazon una significaba el temor y otra la esperanza. Un genio misterioso estendiendo las alas diáfanas sobre aquel pueblo sencillo que asistia á una época de mudanzas y prodigios, señalaba con una mano el hasta aquí á las glorias y miserias del pasado, y con la otra los inciertos horizontes del porvenir.

Mas entre tanto, ¿qué se habia hecho el jóven neófito?

Arrollado y casi envuelto por las olas del concurso, habia perdido de vista á los misioneros. Cuando buscado por uno de ellos se les presentó, notaron en su semblante, ligeramente risueño, una espresion de triunfo:

—Y ahora, ¿qué me dices, padre, tuvieron razon mis abuelos en llamar á esta ciudad lugar de hormigas?

—En efecto, hormiguea aquí la gente, hijo mio.

—Pues nada es hoy en comparacion de lo que fue, dijo el mejicano con un acento de melancolía.

—Pero vosotros podeis llamaros muy mas dichosos que las generaciones pasadas, por cuanto ellas no conocieron á Jesucristo, de quien vosotros sereis dignos hijos.

Hablando así, fue el apóstol levantando por grados su sonora voz, y dirigiéndose á la muchedumbre empezó á predicarle la doctrina del Evangelio, adoptando los términos mas sencillos y capaces de herir vivamente la imaginacion: sus ojos ardian en un fuego divino; hablaba á veces con mesura, y á veces las expresiones brotaban de sus labios una tras otra como las llamas de un incendio. El auditorio permanecia como arrobado ante aquel sér eminente á quien no entendia por su lengua, pero sí por otro idioma sin disputa mas perfecto y mas inteligible para todos, el del amor y la virtud. Aquel hombre en esos momentos era mas que hombre; era un sér esclarecido, privilegiado, sobrehumano; era por sí una doctrina viviente, animada, purificada que se insinuaba dulcemente en el ánimo como la armonía, como el sentimiento con todos sus misterios, como la pasión con todo su entusiasmo, como la caridad con sus delicados sacrificios y sus ímpetus celestiales!

Una hora despues los dos frailes acompañados del jóven, tornaban á Méjico por el mismo camino que siguieron antes; pero ya dejaban plantada una cruz de madera en lo mas alto del *teosalli* situado en el corazon de Atzacapotzalco. El signo de la redención del género humano se divisaba como un geroglífico divino bordado en la inmensa cortina de los cielos.

Mas tarde, en el lugar del templo gentilico edificaban los dominicos el convento que ahora podemos visitar como un monumento, sino de los mas bellos por el arte, sí de los mas notables por su antigüedad.

Se conoce que ocupò una área de estension considerable; pero la acción del tiempo ha sido en él muy poderosa, y gran parte está reducida á escombros. Este hecho, que hemos visto reproducido en otros lugares aun en dias en que el estado de las rentas eclesiásticas era floreciente, patentiza la decadencia del espíritu monacal. Encerrado el fraile entre sus muros medio deruidos, parecia como agobiado bajo el peso de los siglos, sin dar muestras de acción fecunda para el presente ni lo venidero. Mucho antes de que surgiera la Reforma, se suprimian por sí mismos los conventos.

Pero la parte que aun subsiste del de Atzacapotzalco es un ejemplo del gusto de las edades precedentes.

El cementerio, que es una superficie amplia y cuadrada, tiene por límite una cerca coronada de trecho en trecho de pedes-



EXTERIOR DEL CONVENTO DE ATZCAPOTZALCO

Lit. de J. M. V. V.

tales, donde se asentaron primitivamente varias estatuas de piedra que representaban santos de la orden de predicadores. Decimos que se asentaron, porque al presente solo quedan una que otra, y tan desfiguradas por la acción de la atmósfera sobre la materia de que se componen, que mas que efigies parecen momias ó problemas de efigies. Con todo, las que descansan sobre los tres arcos de la entrada principal abierta en la cerca misma, se conservan en estado menos deplorable, y parecen ser de Santo Tomás de Aquino, San Pedro Mártir y del Patriarca de la Orden. En la parte frontera de los arcos que les corresponden, se leen los letreros siguientes:

Nosotros predicamos á Jesucristo crucificado,
Lució este como sol en la casa del Señor.
Temed á Dios y dadle el honor debido.

El centro del cementerio está ocupado por el osario, y á los lados de este, aquí y allí, vegetan algunos olivos seculares.

A la izquierda de la iglesia, la cual mira al Poniente, se abre la portería, y despues de ella, el patio principal recibe al curioso con sus frondosos naranjos que parecen coetáneos del edificio, su fuente á flor de tierra á manera del *impluvium* de los antiguos, sus corredores techados y arcezonados de madera de cedro, y sus paredes laterales cubiertas de pinturas, entre las cuales se admiran dos cuadros de Juan Correa, y son *el prendimiento y la última cena*.

El artista que enriqueció con estas dos joyas al convento, es uno de aquellos hombres modestos que no legan á la posteridad ninguna noticia de su vida, y sí solo el esplendor de su gloria. Todo lo que de él sabemos es que fue natural de Méjico y que floreció en la segunda mitad del siglo XVII. He aquí algunos apuntes que acerca de sus obras nos da el Sr. Orozco y Berra en el Diccionario de Historia y Geografía. "Con asombrosa facilidad para la pintura y un raro talento, dejó en la ciudad inmenso número de cuadros. No sobresale por lo bello del colorido, sino por lo grandioso y sublime de la composición: sus obras principales existen en la sacristía de la catedral. Hasta su tiempo ningun pintor habia sabido copiar con exactitud y verdad la imagen de nuestra Señora de Guadalupe, cuyas efigies eran buscadas con empeño por el amor nacional; él tomó los trazos sobre papel aceitado con el mayor esmero, y

desde entonces se reprodujeron las Guadalupanas sin faltarles ni una estrella, ni uno solo de los rayos. Correa, que fue sin duda un grande artista, hizo además á su país el servicio de ser el fundador de la escuela que sobresalió en el siglo XVIII, formando discípulos como Cabrera, Ibarra, Antonio Aguillara, Antonio Sanchez, José de Rudecindo, y otros de menor importancia."

La iglesia actual se edificó mucho despues del convento. La fecha de la construcción de este se ve todavía grabada en una viga de las que forman el techo de una galería, y es la siguiente:

: MEXICAPA : A XXIII. MARÇO. 1565 AÑOS.

Es de suponerse que esta fecha se inscribiria á la conclusión de la fábrica, lo que prueba que el principio remonta á los primeros años despues de la conquista.

En cuanto á la iglesia, sabemos que se abrió á los fieles el domingo 8 de Octubre de 1702. Su interior es desmantelado y triste. Cerca de la entrada á la sacristía se ve colgado á la pared el retrato de una de las personas notables del pueblo, con esta noticia escrita en la parte inferior:

Don Jose del Cármen Rocha, gobernador del pueblo de Atzacapotzalco, insigne bienhechor de este convento.

Si volviendo al cementerio se dirige la vista hácia el templo, no se observará con desagrado la fachada y la torre que son de una elegante construcción. Su mismo color sombrío contribuye al efecto pintoresco y poético del paisaje, cuyo complemento son los árboles del cementerio, las casas circunvecinas con sus grupos de fresnos, las demas capillas cuyos campanarios blancos sobresalen entre los árboles, y por último, las sierras y el firmamento azul que sirve de fondo al conjunto.

Insistiendo en la torre, si se examina con detenimiento el lado que da frente á la plaza, se descubrirá hácia el remate del primer cuerpo una figura á manera de hormiga, que simboliza la numerosa población que contaba el pueblo en la antigüedad; á no ser que se quiera referir al significado de la palabra misma Atzacapotzalco, que segun la traducción que de ella nos hizo el jóven neófito, tanto quiere decir como *lugar de hormigas*.